Notas de Elena G. de White

Lección 3
15 de Enero de 2011

El estrés

Sábado 8 de enero

Fue en el tiempo de la mayor debilidad cuando Cristo fue asaltado por las tentaciones más fieras. Así Satanás pensaba prevalecer. Por este método había obtenido la victoria sobre los hombres. Cuando faltaba la fuerza y la voluntad se debilitaba, y la fe dejaba de reposar en Dios, entonces los que habían luchado valientemente por lo recto durante mucho tiempo, eran vencidos. Moisés se hallaba cansado por los cuarenta años de peregrinaciones de Israel cuando su fe dejó de asirse momentáneamente del poder infinito. Fracasó en los mismos límites de la tierra prometida. Así también sucedió con Elías, que había permanecido indómito delante del rey Acab y había hecho frente a toda la nación de Israel, encabezada por los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. Después de aquel terrible día pasado sobre el Carmelo, cuando se había muerto a los falsos profetas y el pueblo había declarado su fidelidad a Dios, Elías huyó para salvar su vida, ante las amenazas de la idólatra Jezabel. Así se había aprovechado Satanás de la debilidad de la humanidad. Y aun hoy sigue obrando de la misma manera. Siempre que una persona esté rodeada de nubes, se halle perpleja por las circunstancias, o afligida por la pobreza y angustia, Satanás está listo para tentarla y molestarla. Ataca los puntos débiles de nuestro carácter. Trata de destruir nuestra confianza en Dios porque él permite que exista tal estado de cosas. Nos vemos tentados a desconfiar de Dios y a poner en duda su amor. Muchas veces el tentador viene a nosotros como se presentó a Cristo, desplegando delante de nosotros nuestras debilidades y flaquezas. Espera desalentar el alma y quebrantar nuestra confianza en Dios. Entonces está seguro de su presa. Si nosotros le hiciéramos frente como lo hizo Jesús, evitaríamos muchas derrotas. Parlamentando con el enemigo, le damos ventajas (***El Deseado de todas las gentes*, pp. 95, 96**).

Domingo 9 de enero:
Eventos de la vida que entusiasman

Elías era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras. Su misión ante Acab y la terrible denuncia que le hizo de los juicios de Dios, requirieron valor y fe. En su camino a Samaria las corrientes de aguas que fluían sin cesar, los cerros cubiertos de verdor, los bosques de árboles imponentes y florecientes —todo aquello sobre lo cual descansaba su vista florecía en belleza y gloria— sugerían en forma natural sentimientos de incredulidad. ¿Cómo pueden todas estas cosas en la naturaleza, ahora tan florecientes, ser quemadas por la sequía? ¿Cómo pueden secarse estos arroyos que riegan la tierra y que, por lo que se sabe, nunca han dejado de correr? Pero Elías no dio cabida a la incredulidad. Emprendió su misión con peligro de su vida. Creía plenamente que Dios humillaría a su pueblo apóstata y que a través de la aflicción de sus juicios los conduciría a la humillación y el arrepentimiento. Todo lo arriesgó en la misión que tenía delante de sí (***Testimonios para la iglesia,*** **tomo 3, pp. 304, 305**).

Esa mujer no era israelita. Nunca había gozado de los privilegios y bendiciones que había disfrutado el pueblo escogido por Dios; pero creía en el verdadero Dios, y había andado en toda la luz que resplandecía sobre su senda. De modo que cuando no hubo seguridad para Elías en la tierra de Israel, Dios le envió a aquella mujer para que hallase asilo en su casa...

En ese hogar azotado por la pobreza, el hambre apremiaba; y la escasa pitanza parecía a punto de agotarse. La llegada de Elías en el mismo día en que la viuda temía verse obligada a renunciar a la lucha para sustentar su vida, probó hasta lo sumo la fe de ella en el poder del Dios viviente para proveerle lo que necesitaba. Pero aun en su extrema necesidad, reveló su fe cumpliendo la petición del forastero que solicitaba compartir con ella su último bocado...

No podría haberse exigido mayor prueba de fe. Hasta entonces la viuda había tratado a todos los forasteros con bondad y generosidad. En ese momento, sin tener en cuenta los sufrimientos que pudiesen resultar para ella y su hijo, y confiando en que el Dios de Israel supliría todas sus necesidades, dio esta prueba suprema de hospitalidad obrando "como le dijo Elías"...

La viuda de Sarepta compartió su poco alimento con Elías; y en pago, fue preservada su vida y la de su hijo. Y a todos los que, en tiempo de prueba y escasez, dan simpatía y ayuda a otros más menesterosos, Dios ha prometido una gran bendición. El no ha cambiado. Su poder no es menor hoy que en los días de Elías. No es menos segura que cuando fue pronunciada por nuestro Salvador

esta promesa: "El que recibe profeta en nombre de profeta, merced de profeta recibirá" (Mateo 10:41) (***Profetas y reyes*, pp. 94, 95**).

Lunes 10 de enero:
Eventos amargos de la vida

La gente que estaba sobre el monte se postró llena de pavor delante del Dios invisible. No se atrevía a continuar mirando el fuego enviado del cielo. Temía verse consumida. Convencidos de que era su deber reconocer al Dios de Elías como Dios de sus padres, al cual debían obedecer, gritaron a una voz: "¡Jehová es el Dios! ¡Jehová es el Dios!" Con sorprendente claridad el clamor resonó por la montaña y repercutió por la llanura. Por fin Israel se despertaba, desengañado y penitente. Por fin el pueblo veía cuánto había deshonrado a Dios. Quedaba plenamente revelado el carácter del culto de Baal, en contraste con el culto racional exigido por el Dios verdadero. El pueblo reconoció la justicia y la misericordia que había manifestado Dios al privarlo de rocío y de lluvia hasta que confesara su nombre. Estaba ahora dispuesto a admitir que el Dios de Elías era superior a todo ídolo.

Los sacerdotes de Baal presenciaban consternados la maravillosa revelación del poder de Jehová. Sin embargo, aun en su derrota y en presencia de la gloria divina, rehusaron arrepentirse de su mal proceder. Querían seguir siendo los sacerdotes de Baal. Demostraron así que merecían ser destruidos. A fin de que el arrepentido pueblo de Israel se viese protegido de las seducciones de aquellos que le habían enseñado a adorar a Baal, el Señor indicó a Elías que destruyese a esos falsos maestros. La ira del pueblo ya había sido despertada contra los caudillos de la transgresión; y cuando Elías dio la orden: "Prended a los profetas de Baal, que no escape ninguno", el pueblo estuvo listo para obedecer. Se apoderó de los sacerdotes, los llevó al arroyo Cisón y allí, antes que terminara el día que señalaba el comienzo de una reforma decidida, se dio muerte a los ministros de Baal. No se perdonó la vida a uno solo. (***Profetas y reyes*, p. 113**)

El rey... relató a su esposa los maravillosos sucesos acontecidos ese día, así como la admirable revelación del poder divino que había probado a Israel que Jehová era el Dios verdadero, y Elías su mensajero escogido. Cuando Acab contó a la reina cómo habían muerto los profetas idólatras, Jezabel, endurecida e impenitente, se enfureció. Se negó a reconocer en los acontecimientos del Carmelo la predominante providencia de Dios y, empeñada en su desafío, declaró audazmente que Elías debía morir.

Esa noche un mensajero despertó al cansado profeta, y le transmitió las palabras de Jezabel: "Así me hagan los dioses, y así me añadan, si mañana a estas horas yo no haya puesto tu persona como la de uno de ellos".

Parecería que, después de haber manifestado valor tan indómito y de haber triunfado tan completamente sobre el rey, los sacerdotes y el pueblo, Elías ya no podría ceder al desaliento ni verse acobardado por la timidez. Pero el que había sido bendecido con tantas evidencias del cuidado amante de Dios, no estaba exento de las debilidades humanas, y en esa hora sombría le abandonaron su fe y su valor. Se despertó aturdido. Caía lluvia del cielo, y por todos lados había tinieblas. Olvidándose de que tres años antes, Dios había dirigido sus pasos hacia un lugar de refugio donde no le alcanzaron ni el odio de Jezabel ni la búsqueda de Acab, el profeta huyó para salvarse la vida. Llegando a Beerseba, "dejó allí su criado. Y él se fue por el desierto un día de camino".

Elías no debiera haber huido del puesto que le indicaba el deber. Debiera haber hecho frente a la amenaza de Jezabel suplicando la protección de Aquel que le había ordenado vindicar el honor de Jehová. Debiera haber dicho al mensajero que el Dios en quien confiaba le protegería del odio de la reina. Solo habían transcurrido algunas horas desde que había presenciado una maravillosa manifestación del poder divino, y esto debiera haberle dado la seguridad de que no sería abandonado. Si hubiese permanecido donde estaba, si hubiese hecho de Dios su refugio y fortaleza y quedado firme por la verdad, habría sido protegido de todo daño. El Señor le habría dado otra señalada victoria enviando sus castigos contra Jezabel; y la impresión que esto hubiera hecho en el rey y el pueblo habría realizado una gran reforma (***Profetas y reyes*, pp. 117, 118**).

Martes 11 de enero:
La terapia divina

Los que no han llevado responsabilidades pesadas, o que no han estado habituados a sentir profundo celo por la causa de Dios, no pueden entender los sentimientos de Elías y no están en condiciones de prodigarle la compasiva ternura que él merece. Dios conoce y puede leer la dolorosa angustia del corazón bajo la tentación y el arduo conflicto (***Testimonios para la iglesia*, tomo 3, p. 321**).

Cansado y postrado, Elías se sienta para descansar. Está desanimado y con disposición para murmurar. Dice: "Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres". Siente que la vida ya no es deseable. Después del notable despliegue del poder de Dios en la presencia de Israel, esperaba que ellos fueran leales y fieles a Dios. Esperaba que Jezabel ya no tuviera influen-

cia sobre el espíritu de Acab y que se produciría un cambio general en el reino de Israel. Y cuando se le entregó el mensaje amenazador de Jezabel, olvidó que Dios era el mismo Dios todopoderoso y compasivo que cuando le oró pidiendo fuego del cielo, vino, y cuando pidió lluvia, vino. Dios había concedido cada pedido, sin embargo Elías es un fugitivo lejos de las moradas de los hombres, deseoso de no volver a ver rostro humano alguno.

¿Cómo consideraba Dios a su siervo sufriente? ¿Se olvidó de él a causa del desaliento y la desesperación que lo dominaban? Oh, no. Elías estaba postrado por el desánimo. Todo el día se había afanado sin comer. Cuando guió el carro de Acab, corriendo delante de él hasta la puerta de la ciudad, su valor era grande. Tenía elevadas esperanzas de que Israel como nación retornara a su lealtad a Dios y gozara nuevamente del favor divino. Pero una reacción como la que con frecuencia sigue a una exaltación de la fe y a un éxito notable y glorioso, oprimía a Elías. Había sido exaltado a la cumbre del Pizga, para ser humillado al valle más humilde en su fe y sentimientos. Pero la mirada de Dios estaba aún sobre su siervo. El Señor no lo amó menos cuando se sintió con el corazón quebrantado y abandonado de Dios y de los hombres, que cuando, en respuesta a su oración, el fuego fulguró desde el cielo iluminando el monte Carmelo (***Testimonios para la iglesia,* tomo 3, pp. 320, 321**).

A partir de Adán, unas pocas personas de cada generación, resistieron toda astucia y se mantuvieron como nobles representantes de lo que está en el poder del hombre hacer y ser: Cristo obrando con los esfuerzos humanos, ayudando al hombre a vencer el poder de Satanás. Enoc y Elías son los correctos representantes de lo que la raza podría ser mediante la fe en Jesucristo, si eligiera serlo. Satanás se veía grandemente perturbado porque estos hombres nobles y santos se mantenían inmaculados en medio de la corrupción moral que los rodeaba, perfeccionando caracteres justos, y fueron contados dignos de ser trasladados al cielo. Como mantuvieron inquebrantable su poder moral en noble rectitud, venciendo las tentaciones de Satanás, éste no pudo colocarlos bajo el dominio de la muerte (***Mensajes selectos,* tomo 3, p. 165**).

Miércoles 12 de enero:
El método de Jesús para controlar el estrés

A menudo, los que sufren el oprobio o la persecución por causa de su fe son tentados a pensar que Dios los ha olvidado. A la vista de los hombres, se hallan entre la minoría. Según todas las apariencias sus enemigos triunfan sobre ellos. Pero no violen ellos su conciencia. Aquel que sufrió por ellos y llevó sus pesares y aflicciones, no los ha olvidado.

Los hijos de Dios no son dejados solos e indefensos. La oración mueve el brazo de la Omnipotencia. Por la oración, los hombres "sojuzgaron reinos, obraron justicia, obtuvieron promesas, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego" —y llegamos a saber lo que eso significa cuando oímos acerca de los mártires que murieron por su fe— "pusieron en fuga ejércitos extranjeros" (Hebreos 11:33, 34) (***Palabras de vida del Gran Maestro*, p. 136**).

Nadie tiene por qué entregarse al desaliento ni a la desesperación. Puede Satanás presentarse a ti, insinuándote despiadadamente: "Tu caso es desesperado. No tienes redención". Hay sin embargo esperanza en Cristo para ti. Dios no nos exige que venzamos con nuestras propias fuerzas. Nos invita a que nos pongamos muy junto a él. Cualesquiera que sean las dificultades que nos abrumen y que opriman alma y cuerpo, Dios aguarda para libertarnos.

El que se humanó sabe simpatizar con los padecimientos de la humanidad. No solo conoce Cristo a cada alma, así como sus necesidades y pruebas particulares, sino que conoce todas las circunstancias que irritan el espíritu y lo dejan perplejo. Tiende su mano con tierna compasión a todo hijo de Dios que sufre. Los que más padecen reciben mayor medida de su simpatía y compasión. Le conmueven nuestros achaques y desea que depongamos a sus pies nuestras congojas y nuestros dolores, y que allí los dejemos.

No es prudente que nos miremos a nosotros mismos y que estudiemos nuestras emociones. Si lo hacemos, el enemigo nos presentará dificultades y tentaciones que debiliten la fe y aniquilen el valor. El fijarnos por demás en nuestras emociones y ceder a nuestros sentimientos es exponernos a la duda y enredarnos en perplejidades. En vez de mirarnos a nosotros mismos, miremos a Jesús. Cuando las tentaciones os asalten, cuando los cuidados, las perplejidades y las tinieblas parezcan envolver vuestra alma, mirad hacia el punto en que visteis la luz por última vez.

Descansad en el amor de Cristo y bajo su cuidado protector. Cuando el pecado lucha por dominar en el corazón, cuando la culpa oprime al alma y carga la conciencia, cuando la incredulidad anubla el espíritu, acordaos de que la gracia de Cristo basta para vencer al pecado y desvanecer las tinieblas. Al entrar en comunión con el Salvador entramos en la región de la paz (***El ministerio de curación*, pp. 192, 193**).

La Majestad del cielo, mientras realizaba su ministerio terrenal, a menudo estaba en ferviente oración. Frecuentemente pasaba así toda la noche. Su espíritu se entristecía al experimentar el poder de las tinieblas de este mundo, y entonces se alejaba de la activa ciudad y la bulliciosa muchedumbre para buscar un lugar

retirado para orar a su Padre. El Monte de las Olivas era el retiro favorito del Hijo de Dios. Con frecuencia, después de que las multitudes se apartaban de él para disfrutar del descanso de la noche, él no reposaba aunque estaba cansado con las tareas diarias... Cuando la ciudad estaba envuelta por el silencio y sus discípulos se habían retirado a buscar refrigerio en el sueño, sus ruegos divinos ascendían a su Padre desde el Monte de las Olivas, para que los discípulos recibieran protección contra las influencias malignas que encontrarían diariamente en el mundo, y que su propia alma se fortaleciera y vigorizara para realizar los deberes y soportar las pruebas del día siguiente. Toda la noche, mientras sus seguidores dormían, el Maestro divino oraba, mientras el rocío y la escarcha de la noche caían sobre su cabeza inclinada... El ejemplo de Cristo ha quedado registrado para sus seguidores (***A fin de conocerle,* p. 260**).

Jueves 13 de enero:
Llevar alivio a otros

Aunque la gran recompensa final se dará- cuando Cristo venga, el servicio fiel hecho de todo corazón para Dios reporta una recompensa, aun en esta vida. El obrero tendrá que afrontar obstáculos, oposición y amargos desalientos y descorazonamientos. Tal vez no vea los frutos de su labor. Pero aun con todo esto encuentra en su labor una bienaventurada recompensa. Todos los que se entregan a Dios en un servicio abnegado para la humanidad están cooperando con el Señor de gloria. Este pensamiento dulcifica toda labor, fortalece la voluntad, sostiene el ánimo para cuanto haya de acontecer. Trabajando con corazón abnegado, ennoblecido por ser participantes de los padecimientos de Cristo, y compartiendo su simpatía, contribuyen a aumentar su gozo, y reportan honor y alabanza a su exaltado nombre. En comunión con Dios, con Cristo y con los santos ángeles, están rodeados por una atmósfera celestial, una atmósfera que da salud al cuerpo, vigor al intelecto y gozo al alma.

Todos los que consagran cuerpo, alma y espíritu al servicio de Dios, estarán recibiendo constantemente una nueva dotación de fuerza física, mental y espiritual. Las inagotables provisiones del cielo están a su disposición. Cristo les da el aliento de su propio espíritu, la vida de su propia vida. El Espíritu Santo pone sus más elevadas energías por obra en el corazón y la mente (***Obreros evangélicos,* p. 530**).

Los que, en la medida de lo posible, se ocupan en la obra de hacer bien a otros, dándoles evidencias prácticas de su interés por ellos, no solo están aliviando los males de la vida humana al ayudarles a llevar sus cargas, sino al mismo tiempo están contribuyendo en extenso grado a su propia salud de alma y cuerpo. El

hacer bien es una obra que beneficia tanto al que da, como al que recibe. Si os olvidáis de vosotros mismos en vuestro interés por otros, ganáis una victoria sobre vuestras flaquezas. La satisfacción que sentiréis al hacer bien os ayudará grandemente a recuperar el estado saludable de la imaginación.

El placer de hacer bien anima la mente y hace vibrar todo el cuerpo. Mientras los rostros de las personas benévolas son iluminados por la alegría y expresan la elevación moral de la mente, los de las personas egoístas, mezquinas, tienen una expresión abatida, desanimada, melancólica (***Mensajes para los jóvenes*, p. 207**).

Tened presente, sin embargo, que la felicidad no se encuentra en retraeros de los demás conformándoos con prodigaros todo el cariño de que sois capaces. Aprovechad toda oportunidad que se os presente para contribuir a labrar la felicidad de los que os rodean. Recordad que el gozo verdadero solo se encuentra en servir desinteresadamente (*El ministerio de curación,* p. 280).

Cristo anduvo haciendo bienes, alimentando al hambriento, sanando al enfermo y consolando al desanimado. Nadie que necesitara socorro se iba de su lado sin recibir su simpatía, la que se manifestaba no solamente en palabras sino en acciones. En su presencia, cada corazón doliente y golpeado era suavizado y aliviado. No pensaba en sí mismo o en sus propios intereses sino que vivía para beneficiar a otros y liberar a los sufrientes y oprimidos. El servir incansablemente a otros se transformaba en una bendición para él mismo. Su corazón de amor era una fuente de bendición que fluía constantemente para alegrar los corazones (***Manuscript Releases*, tomo 18, p. 175**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática